

El pacto del "fracking"

DANIEL
PACHECO



UNO DE LOS RETOS CLAVES QUE TIENE por delante este Gobierno en los tres años que le quedan —como para cambiar por prospectiva la mirada retrospectiva que ha dominado este aniversario de Iván Duque— es el de la soberanía energética. Y la discusión de soberanía energética pasa necesariamente por el debate del *fracking*. Aquí sí que hay una oportunidad para dejar un legado.

A Colombia se le va a acabar el petróleo en poco más de seis años y el gas en 10 años, según los cálculos de la ANH. Además de ser un país con poco petróleo y gas (no solo tenemos menos que Venezuela, sino también menos que Ecuador), somos muy eficientes extrayéndolo (más que Venezuela y Ecuador) y eso nos hace muy dependientes de sus rentas.

Por eso quedarnos sin petróleo y gas es un problema doble. Primero, aumentaría los precios de los combustibles que necesariamente seguiremos consumiendo. Segundo, eliminaría los ingresos sustanciales que reciben el Gobierno central y los municipios

por impuestos y regalías, y con los que más allá de la corrupción se ha logrado dar un salto enorme en reducción de la pobreza y bienestar social.

Para algunas voces del Gobierno y de la industria petrolera, la respuesta es obvia. Hay que hacer *fracking* sí o sí, y hay que hacerlo ya. Quienes piensan lo contrario no solo son unos radicales, sino que sus preocupaciones están basadas en mitos y falsas interpretaciones. Ellos no tienden a ver las enormes oportunidades de negocio y ventajas estratégicas: según los cálculos de la ANH, solo en la cuenca media del Magdalena, convenientemente cerca de la refinería de Barranca, hay gas y petróleo en roca generadora, el que se extrae con *fracking*, para ampliar las reservas de petróleo a 23 años y las de gas a 48 años. Y hay que hacerlo ya, porque la maduración de los proyectos de *fracking* tomaría más de cinco años, alrededor del tiempo que nos queda de autosuficiencia.

Para algunas voces de la política y del ambientalismo, el *fracking* es la muerte y quien lo propone es un asesino. Aquí es difícil el debate. Sin mucha elaboración alrededor del cómo, piensan que Colombia debe transformar su matriz energética y su dependencia económica de los hidrocarburos en seis años, y que seguir con el petróleo simplemente aplazaría esta tarea urgente.

Otras voces más moderadas en la política y el ambientalismo creen que este debate se puede aplazar por cautela. Se puede imponer una moratoria al *fracking*, mientras es más claro cuáles son sus impactos ambientales.

No va a ser fácil poner a todo el mundo de acuerdo, pero en medio de este escenario hay oportunidades para consensos importantes que podría dejar este Gobierno. Más allá de lo que decida el Consejo de Estado, que ha impuesto una moratoria (y más allá de que sea absurdo poner en manos de un juez la seguridad energética de un país), tanto la urgencia del Gobierno y del sector petrolero como la demanda de los ambientalistas de cambios sobre nuestra dependencia pueden articularse.

Al *fracking* hay que ponerle condiciones. Y no solo condiciones sociales y ambientales, como las que propone la comisión de expertos reunida por el Minminas. Al *fracking* hay que enmarcarlo en un pacto, de los que tanto le gustan a Duque. Un pacto de extracción a cambio de transformación, de sacar petróleo y gas para depender cada vez menos de ellos con generación de otras fuentes renovables, de realmente transformar Ecopetrol de una empresa de hidrocarburos en una empresa de energía. Un pacto de sostenibilidad financiado por el *fracking*.

@danielpacheco

EL ESPECTADOR

El Espectador. Editado por Comunican S.A.
Calle 103 N° 69B-43 Bogotá, Colombia
Commutador: 4232300 Fax: 4055602
Línea de servicio al cliente Bogotá 4055540
Línea de servicio gratuita nacional
018000510903 Redacción: 4234822
Suscripciones: 4055540 o a la línea gratuita
nacional 018000510903 Publicidad:
Caracol Unidad de Medios: 4232300
ext. 1290 - 1565 www.elespectador.com

Cartas de los lectores

Las encrucijadas de Macías y Duque

Si la sabiduría fuera una virtud común en los seres humanos, éstos no se equivocarian tanto. La sabiduría está contenida en dichos y refranes, adagios y proverbios. Son sentencias que están en boca de todos, pero no en el espíritu.

Ver la paja en el ojo ajeno, pero no la viga en el propio; no juzgues, para que no seas juzgado. Y otros por ese estilo que los lectores pueden ensartar. Si los aplicáramos, la vida sería más llevadera; pero todos son impunemente ignorados a la hora de ponerlos en práctica.

¿Y cómo persiguen esos yerros de la inmadurez a los servidores públicos? ¿Quién no recuerda el discurso de Ernesto Macías en la posesión del presidente? Su tono pendenciero y su estilo demoleador para demostrar que el gobierno de Juan Manuel Santos había sido un verdadero desastre; además del oportunismo para decirlo, aprovechándose de la presencia de medio mundo diplomático y de un país entero que lo veía.

Pues hoy es el mismo servidor, en la "última jugadita" como presidente del Senado, quien sacó literalmente por la puerta de atrás al presidente para que no escuchara la réplica de la oposición a su discurso en la instalación del nuevo Congreso; un derecho, además, legítimo y consagrado en la Constitución. Ahora el señor Ernesto Macías tendrá que demostrar ante la Procuraduría que con su "jugadita" no incurrió en una falta disciplinaria grave.

De otro lado, el presidente Iván Duque Márquez no la tiene fácil. La revista *Semana* resume en tres líneas el presente y el futuro: "Al cumplirse el primer año de gobierno, todavía no hay mucho que mostrar. Pero el presidente Duque tiene las condiciones y tres años para enderezar el rumbo". La revista es indulgente y deja pasar el tiempo ya transcurrido como un "año de aprendizaje".

En fin, restan tres años difíciles para dar la vuelta de tuerca a la actual realidad. Le ha correspondido a Duque consolidar el logro de la paz, que ahora parece desandar lo poco que se logró con Santos. ¿Cómo detener el asesinato de líderes sociales? ¿Cómo avanzar en la restitución de tierras y la implementación de una reforma agraria que haga justicia al empobrecido campesino?

¿Cómo lidiar con la economía para frenar el incremento del desempleo? ¿Cómo trabajar con el Congreso sin que esa gestión no esté mediada por la corrupción? Y quizá, la que sería la jugada más difícil: ¿cómo gobernar con un margen de autonomía que no le implique romper con el sector más radical de su partido? Las relaciones con el imprevisible Donald Trump y la recuperación del segundo socio comercial, que fue Venezuela, son los mayores enigmas, y lo que representan para darle forma a un nuevo proyecto de país!

Son muchos los colombianos que piensan que el presidente Iván Duque tiene la inteligencia y las condiciones para desatar el nudo gordiano de su encrucijada. No cabe duda de que estamos ante un nuevo caso de cuadratura del círculo. Sin embargo, nada hay en este mundo que se resista a un hombre que busca y encuentra el modo de gobernar con sabiduría. Y Ernesto Macías, si se lo propone, puede hallar también en la prudencia y la mesura su mejor compañía.

Donald Mendoza.

Envíe sus cartas a lector@elespectador.com.

DE LABIOS PARA AFUERA



“Las noticias falsas han contribuido enormemente a la ira y la furia que se ha ido acumulando por muchos años”.

Donald Trump, presidente de Estados Unidos, respondiendo en su cuenta de Twitter a las dos masacres ocurridas en su país el fin de semana. Trump ha tildado de "noticias falsas" a notas verdaderas sobre él y en el pasado ha llamado a la prensa "el enemigo número uno".

Betto



Estrella Michelin

Religiones: ¿obstáculo a la convivencia?

RAFAEL
ORDUZ



TODAS LAS RELIGIONES PROCLAMAN la compasión. Sin embargo, en la práctica, muchos la aplican sólo para los afines, los del grupo. El asunto es grave, por la mezcla con los asuntos seculares: intereses terrenales se cubren de religión y esgrimen a Dios como estandarte en sus justas causas. Por fuera, terrorismo y masacres; por estos lados, aspiraciones mundanas a concejos, alcaldías y gobernaciones, polarización y discriminación con el estandarte del creador.

Estamos viviendo, en el mundo y en Colombia, una época de particular intolerancia. Dos masacres en los Estados Unidos en menos de 24 horas y una de ellas, con certeza, inspirada en el supremacismo blanco. Espejo de otra matanza en Nueva Zelanda, realizada por un individuo encantado con el liderazgo de Trump en la recuperación de la identidad blanca. Estados Uni-

dos y Nueva Zelanda, países de ciudadanía que cultivan su religiosidad...

El año pasado, en Pittsburgh, asesinato de miembros de la comunidad judía en una sinagoga. Masacres en pleno servicio religioso de afroamericanos... Y, de contrapunto, los actos de terrorismo a nombre de Dios emprendidos por musulmanes radicales que consideran meritorio el asesinato de infieles cristianos o, viceversa, también en nombre del supremo, de los de extremistas serbios contra musulmanes bosnios. Chitas y sunies, etc.

Ya es trillada la pregunta de cómo se hace para estar matando en nombre de Dios. Y, más allá, la inquietud acerca de la norma social prevalente en prácticamente todas las congregaciones religiosas, de cómo los beneficios y las gracias deben recaer sólo sobre los miembros de la iglesia, secta o grupo al que se pertenece.

Karen Armstrong, británica especializada en historia comparada de las religiones, exmonja, autora de *Historia de Dios*, ganadora del Premio TED y del Princesa de Asturias, cree que es posible el encuentro de tanta gente diferente. La clave está en la compasión, aunque hay que aclarar que en

español suele entenderse como un acto desigual: el que la da está en un pedestal. La lengua alemana, de manera distinta, la concibe como un acto de igual a igual (*Mitleid*, una especie de "sentir con").

Todas las religiones proclaman, de una u otra manera, según Armstrong, la compasión hacia los demás, incluyendo los enemigos, los que no nos gustan. Las herramientas doctrinarias están a la mano, según ella, para la convivencia en paz. Hay que deshacerse del cuento de que somos, en la iglesia de cada uno, el centro del universo y luchar en conjunto por la equidad entre todos los seres humanos.

La regla de oro, dice, es la fórmula más pragmática: "No hagas a otros lo que no quieras que te hagan a ti", con su anverso: "Trata siempre a los demás como quisieras que te traten a ti".

Por estos lados, considerando el auge en el uso de la religión en la política menuda, de concejales y aspirantes a cargos públicos de elección popular con sus iglesias y sus fieles, vale la pena que sus seguidores, que cotizan, se pregunten si sus orientadores, al atizar la pugnacidad política, están promoviendo la compasión.